

El capitalismo mundial y la revolución agraria en Bolivia *

SUSAN ECKSTEIN

Las teorías que existen al respecto no explican adecuadamente toda la gama de consecuencias que las revoluciones sociales acarrearán. Suponen que los efectos son principalmente el resultado de fuerzas a nivel nacional. Pero, debido a que todas las naciones están integradas dentro de una economía mundial, aunque de distintas maneras y distintos grados, sólo podemos comprender los efectos producidos por las revoluciones dentro de un contexto mundial. Después de una breve exposición de las implicaciones de diversas teorías para el estudio de las revoluciones, se ilustrará la necesidad de una estructura que se concentre en la interacción entre las fuerzas nacionales y las internacionales, por medio de una referencia específica al impacto que causó la Revolución boliviana de 1952 en la agricultura.

Los teóricos "liberales" económicos y políticos han argumentado que Latinoamérica rural es predominantemente semifeudal, que podría modernizarse y que esto podría llevarse a cabo, ya sea al introducir factores de producción capitalistas o al socializar las fuerzas de producción. Suponen que el desarrollo en el mundo contemporáneo es más bien un proceso autónomo que ocurre dentro del contexto de las naciones.¹ Aunque principalmente se interesan por las formas de desarrollo no revolucionarias, dentro de esta estructura se espera que una revolución intro-

* Este trabajo se hizo bajo los auspicios de la Tinker Foundation, Boston University y la Rockefeller Foundation; el autor deja sentado su agradecimiento. Este artículo es la versión condensada de una más extensa.

¹ Actualmente la literatura acerca del desarrollo "liberal" es muy vasta. Existen buenos ejemplos de estos escritos en las antologías de Novack y Lokaehman (1964) y las de Agarwala y Singh (1963). Estos autores reconocen que el capital extranjero puede generar un crecimiento económico en los países subdesarrollados, pero lo consideran como un factor exógeno.

duzca una nueva etapa de desarrollo, que sea una réplica de la que han experimentado históricamente los países que se industrializaron primero: no consideran que el desarrollo evolucionario o revolucionario esté restringido por fuerzas internacionales.

En la década pasada, André Gunder Frank, y tres "teóricos dependistas" que están de acuerdo con su escuela de pensamiento, han puesto en tela de juicio a esta interpretación.² Afirman que Latinoamérica ha estado integrada a una economía mundial capitalista desde que los españoles y los portugueses colonizaron la región durante el siglo dieciséis. Estos teóricos indican que Latinoamérica ha sido orientada y moldeada por las fuerzas internacionales del mercado desde el período colonial, y que por lo tanto, las relaciones agrarias han sido capitalistas durante varias décadas, aun cuando no se ha utilizado a trabajadores asalariados. Los países "metropolitanos" dominantes —primero los países europeos peninsulares, y más tarde Inglaterra y los Estados Unidos respectivamente— han agotado los recursos y destruido la autosuficiencia de la región "satélite" latinoamericana, han sometido a la región a condiciones comerciales declinantes, e impedido que se lleve a cabo un crecimiento económico equilibrado. Los "dependistas" también aseguran que los países latinoamericanos (y los países subdesarrollados de otras partes del mundo) no pueden pasar por la transformación clásica, feudal o capitalista, debido a los lazos históricos que los integran con la economía internacional. Sin embargo, suponen que el desarrollo autónomo puede ocurrir una vez que se ha socializado la propiedad de los medios de producción dentro de las economías nacionales: según ellos, el "socialismo en un país" es posible.

Wallerstein (1974 a, b) recientemente propuso un enfoque de la economía mundial más coherente y más sofisticado, que a su vez pone en tela de juicio algunas de las conjeturas hechas por los "teóricos dependistas" originales. Wallerstein argumenta¹ que el "sistema mundial", y no las naciones, es la única unidad válida de análisis debido a que el capitalismo solamente opera a un nivel mundial;² que el modo de producción capitalista se mantiene, se expande o disminuye en relación a sus ganancias en el mercado;³ que la acumulación de capital, una característica de la economía mundial, ocurre principalmente en los países "centrales";⁴ que existe una división mundial del trabajo con diferentes formas de control laboral que prevalecen en las distintas regiones de acuerdo a las tareas que allí se realicen;⁵ que la posición estructural de los países dentro de la división mundial del trabajo varía, y que existen tres grupos de países cualitativamente distintos (los del "centro", los de la "semiperiferia", y los de la "periferia");⁶ que las distintas regiones

² La literatura acerca de la "dependencia" también es muy vasta. Sobre las primeras exposiciones acerca del argumento de "dependencia", véase a Prebish (1964), a Baran (1968), y a Frank (1967). Sobre una síntesis reciente del argumento de "dependencia", véase a Johnson (1974).

están vinculadas a través de relaciones comerciales;⁷ que los Estados del "centro" son más fuertes que los de la "periferia", y que perpetúan su fuerza diferencial a través del tiempo, ya que los primeros poseen más recursos y tienen una mayor capacidad de influir sobre las condiciones económicas mundiales para que resulten a su favor.

Sin embargo, el enfoque de Wallerstein presenta algunos problemas, que debemos indicar, problemas que serán ilustrados más adelante en nuestro análisis acerca de Bolivia. En primer lugar, Wallerstein menosprecia la importancia que tienen las fuerzas de tipo interno para moldear los patrones nacionales de desarrollo.³ La interacción entre las fuerzas internas y las internacionales resulta evidente, particularmente en escenarios revolucionarios. Aunque existen fundamentos para pensar que las opciones de los "herederos" de los regímenes revolucionarios están limitadas por las fuerzas internacionales, tanto económica como políticamente, las opciones también están bajo la influencia de las fuerzas internas: por ejemplo, los modos prerrevolucionarios de organización social y económica, la base social de los regímenes revolucionarios, los intereses de clase de la élite que gobierna, y el grado en que los grupos nacionales estén politizados, son los que determinan la manera en que se consolidan las revoluciones. En segundo lugar, a pesar de que Wallerstein argumenta que la acumulación limitada de capital y del desarrollo económico ocurren en la periferia de la economía mundial, no explica adecuadamente por qué las revoluciones pueden introducir nuevas formas de control laboral y de modos de producción, tales como unidades de "productos de consumo del campo" que necesariamente son más "adecuadas" para generar una producción orientada hacia el mercado. Su explicación principal es funcionalista: los modos de producción sobreviven si maximizan la producción para obtener beneficios y acumulación global de capital. Pero debemos hacer una distinción entre las razones empleadas por los grupos que presionan para que ocurra un cambio en la forma de control laboral y los efectos que sus esfuerzos producen, y también debemos distinguir entre los cambios totales en la sociedad y los cambios en la organización de las unidades productivas individuales. Los campesinos pueden rebelarse, por ejemplo, en contra del impacto de las fuerzas capitalistas en el campo, aun cuando una reforma agraria, instituida en respuesta a sus protestas, pueda realmente facilitar la expansión agrícola capitalista en sectores de la economía que no abarca la reforma.

Además, ninguna revolución se introduce en una economía únicamente de mercado. En primer lugar, las revoluciones frecuentemente ocasionan arreglos institucionales que inhiben el libre juego de las fuerzas del mercado. En segundo lugar, después de una revolución, el Estado tiende a desempeñar un papel más amplio en la sociedad. La forma particular

³ Sobre unas críticas excelentes de Wallerstein, véase a Brenner (1977) y a Skocpol (1977).

en la que el poder del Estado es ejercido, tiene la tendencia a depender del tipo de alianzas creadas en el transcurso de las revoluciones y de su consolidación. Debido a que las fuerzas políticas pueden, en cierto modo, funcionar independientemente de las fuerzas económicas derivadas del mercado, los acontecimientos posteriores a las revoluciones deben ser comprendidos en la debida forma.

Ya que ninguna teoría explica satisfactoriamente toda la serie de fuerzas que ocasionan las revoluciones y moldean sus resultados, podemos contribuir al desarrollo de una teoría al analizar cómo la clase nacional y la internacional, el mercado y las fuerzas políticas conjuntamente moldean las transformaciones revolucionarias. El resto de la ponencia intenta ampliar nuestro conocimiento, tanto teórico, como empírico acerca de las revoluciones, y específicamente enfocará las consecuencias agrarias de la revolución boliviana de 1952.

Veremos que las fuerzas mundiales, al interactuar con las fuerzas internas, han afectado el desarrollo agrícola, iniciado tanto por el gobierno, como por el sector privado, en el ambiente rural boliviano desde 1952. Han moldeado la estructura de la propiedad y del uso de la tierra. La revolución de 1952 se inició como un movimiento de reforma de "la clase media" para hacer valer los resultados electorales, pero terminó en un levantamiento de clases que comprendía a los grupos "populares".⁴ La insurrección inmediata asociada con la transformación tenía una base urbana, rápida, y, comparada con la Revolución mexicana, por ejemplo, fue relativamente incruenta. Para 1953, la economía nacional y el poder político, tanto de los barones del estaño, como de la oligarquía de los terratenientes se habían debilitado debido a la nacionalización de tres de las principales compañías de estaño y debido a la reforma agraria.

Los campesinos se rebelaron principalmente debido a que deseaban tierra y justicia social. A pesar de que oficialmente no participaron en la revolución, su apoyo fue decisivo para el éxito de la transformación social. Los campesinos que se apoderaron de la tierra, ayudados por el colapso del ejército de la provincia y de la autoridad policiaca después de abril de 1952 (Patch, 1967: 111), contribuyeron a debilitar el poder político y económico de la clase de los hacendados. Como veremos más adelante, obtuvieron la mayor parte cuando la revolución empezó a consolidarse. En ese momento, su apoyo era decisivo para los miembros de la pequeña

⁴ Oficialmente la revolución ocurrió en 1952, pero el uso oficial del término "revolución" no debe suponerse como un hecho social. En abril de 1952, Bolivia sufrió un golpe de Estado. La transformación de la economía y de la estructura del poder político ocurrió en el transcurso de un año, después de la nacionalización de los intereses principales del estaño y de la redistribución de la tierra. Cuando hablo de la Revolución boliviana, me refiero a las transformaciones que ocurrieron entre 1952-53. Sobre la revolución y las condiciones que la causaron, véase particularmente a Klein (1969), a Malloy (1970) y a Malloy y Thorn (1971).

burguesía que constituían el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) quien logró el control del Estado en 1952. (con la ayuda de los mineros y de los obreros industriales organizados): los dirigentes del MNR necesitaban el apoyo de los campesinos, tanto para suprimirle poder a la antigua élite dirigente, como para legitimar el nuevo régimen.

Como resultado de la revolución, la estructura de la clase agraria se ha transformado. Las fuerzas comerciales y productivas capitalistas ahora penetran el campo en formas que no ocurrían antes del levantamiento, pero no de la misma manera en todos los sectores de la agricultura. La crisis generada por la revolución permitió que el gobierno de los Estados Unidos y las instituciones capitalistas multilaterales, particularmente al FMI (Fondo Monetario Internacional) penetrar dentro del nuevo régimen. Desde la introducción del programa para la estabilización monetaria, éstas y otras fuerzas mundiales han servido para que el sector agrícola, y que tenía menos apego a la tierra, se integrara a la economía mundial. Un grupo emergente de capitalistas agrarios ha sido el principal beneficiario de los desarrollos agrícolas postrevolucionarios, pero sus prospectos están cada vez más determinados por el mercado internacional y por las condiciones financieras sobre las cuales no ejercen ningún control. En su intento por acrecentar al máximo sus beneficios, subordinan las necesidades alimenticias de su empobrecido pueblo a las demandas mundiales. Ya que la riqueza que ahora se genera no sirve de base para una industrialización, en parte debido a restricciones del extranjero, el efecto neto, como lo veremos más adelante, es el de un continuo subdesarrollo y una dependencia comercial.

El funcionamiento de las fuerzas de clases que se desató en 1952 fue modificado dramáticamente por las fuerzas capitalistas mundiales hegemónicas. Al reconocer las tendencias no comunistas de la facción dominante, el MNR, el gobierno de los Estados Unidos decidió cuanto antes, subsidiar y, por lo tanto, elegir a los dirigentes del MNR. La ayuda de los Estados Unidos sirvió para promover, tanto directa como indirectamente las oportunidades de inversión para el capital estadounidense, así como también para promover las oportunidades comerciales, en un país donde el capital extranjero que había sido invertido era insignificante. Sin embargo, los beneficios directos económicos que obtendría el capital norteamericano en un país tan pobre como Bolivia, probablemente no explican porqué el gobierno de los Estados Unidos subsidió tan fuertemente a los regímenes bolivianos posteriores a 1952. Tanto el gobierno de los Estados Unidos, como algunas instituciones capitalistas multilaterales, principalmente el FMI, parecen haber estado preocupados por la estabilidad general del orden económico del mundo capitalista. Un programa de estabilización financiera sirvió para fortalecer a los militares

y a aquellos sectores de la clase capitalista que no entraban en conflicto con los poderosos intereses capitalistas internacionales.⁵

La transformación de las relaciones de propiedad agraria

En 1952, los dirigentes del MNR adoptaron una posición ambigua referente a la cuestión campesina (c.f. Kohl, 1978). Sin embargo, como respuesta al desorden rural que surgió en 1952-53, el gobierno proclamó un Decreto de Reforma Agraria (en agosto de 1953). El decreto declara que la tierra debe pertenecer a quien la trabaja; que la tierra que fue usurpada a las comunidades indígenas desde 1900, debe ser restaurada y las tradiciones colectivas de las comunidades deben ser respetadas; que la esclavitud debe ser abolida: que la productividad y la comercialización de la agricultura deben ser estimuladas a través de la extensión de facilidades de crédito, asistencia técnica, nuevas inversiones de capital y la creación de cooperativas; y que la migración de áreas densamente pobladas a áreas de escasa población debe ser promovida.

Aunque la reforma respondió a las demandas de los campesinos, lo hizo de tal manera que fomentó la expansión de la propiedad privada y del capitalismo agrario. Sin embargo, no dio origen a un capitalismo "clásico" pues no permitió la libre movilidad de la tierra, de la mano de obra y de los "medios de producción": el gobierno restringió el arrendamiento de la tierra y las hipotecas y alentó la propiedad, tanto colectiva como privada.

Al implementar la reforma, han cambiado los patrones referentes a la posesión de tierras, de la misma manera que ha cambiado la organización de las unidades de producción y las formas relacionadas con el control laboral. El Decreto de la Reforma Agraria prohíbe los latifundios al eliminar la oligarquía de los terratenientes como clase social. Pero al eliminar a los grandes terratenientes improductivos, el gobierno creó —como lo veremos más adelante— un gran estrato de propietarios improductivos, productores de "productos de consumo".

El gobierno también reconoció a las "empresas agrícolas" de gran escala; a las "granjas medianas" que emplean peones (conocidos en otros lugares como operaciones de "campesinos ricos"); a las propiedades cooperativas agrarias de comunidales indígenas; y a los "ranchos" para la producción de ganado. Estas unidades están asociadas con relaciones de clase capitalistas y con arreglos de tipo cooperativo entre los cam-

⁵ Los industriales nacionales sufrieron bajo el Programa de Estabilización, pues las facilidades de crédito fueron retiradas y las tarifas proteccionistas, que hasta entonces habían estado vigentes, fueron suprimidas. De esta manera, el Programa de Estabilización contribuyó al subdesarrollo industrial de Bolivia.

pesinos. Se le permitió a los antiguos terratenientes, excepto a los latifundistas, que conservaran una parte de sus tierras, los campesinos que habían trabajado esas tierras y obtenido el usufructo obtuvieron títulos de propiedad y una décima parte de los ex latifundios fue designada para uso de la comunidad. El tamaño permitido para cada unidad tipo varía según la región, de acuerdo a las condiciones agrícolas locales.

Durante la década de 1960, el régimen consideró que los pequeños minifundios, que habían sido redistribuidos, resultaban económicamente improductivos. Por lo tanto, estableció una "parcela mínima vital" (Zondag, 1966: 147), y proclamó enmiendas a la ley de reforma —en 1961, 1963 y 1968— para impedir que se siguiera dividiendo a las pequeñas parcelas (Heath, 1969: 359) y para que las propiedades abandonadas fueran remitidas a las cooperativas en lugar de a individuos particulares (Zondag, 1966:238, 147). Pero estas correcciones no han sido impuestas, probablemente porque el gobierno prefiere sacrificar el incremento de la producción y no antagonizar a los campesinos y, consecuentemente, perder su apoyo.

Resulta interesante observar que la reforma refuerza las desigualdades prerrevolucionarias en el uso de *facto* de la tierra en varias maneras: Primero, la reforma autoriza las antiguas desigualdades de usufructo (Heyduk, 1971: 270; Carter, 1965: 75-76; Léons, 1967: 44). Los campesinos que anteriormente tenían acceso a la mayor parte de la tierra han podido generalmente incrementar sus propiedades a partir de 1952, a expensas de otros campesinos (Carter, 1971: 248; Heath, 1972: 110). El gobierno parece haber reconocido las desigualdades prerrevolucionarias del usufructo y las reclamaciones desiguales de la tierra que éstas han ocasionado, debido a motivos políticos: para obtener el apoyo de los "campesinos ricos", y posiblemente también para evitar un conflicto con aquellos campesinos que podrían debilitar la legitimidad del régimen recientemente constituido. Como lo mencionamos anteriormente, el gobierno del MNR dependió mucho en sus inicios del apoyo de los campesinos.

La reforma también fortalece las desigualdades que existían antes de la revolución en lo que se refiere a la distribución de la tierra, pues permite que los antiguos terratenientes, con la única excepción de los latifundistas, posean mayores extensiones de tierra que los antiguos campesinos. Probablemente el gobierno se basó en razones económicas y políticas para llevar a cabo esta política: se supuso que las propiedades grandes, que no fueran latifundios serían más productivas que las pequeñas propiedades cultivadas individualmente, y que probablemente hubiese habido mucho resentimiento si se les asignaba a los campesinos propiedades más grandes que las que habían poseído los terratenientes antes de la revolución. Sin embargo, los "enemigos del partido" fueron afectados por la reforma en forma negativa, aun cuando sus operaciones de cultivo se sometían a los reglamentos de la reforma agraria (Heath, 1959: 38).

El número de beneficios y el tamaño de las propiedades que son reconocidos por la reforma agraria varían según la región, en parte debido a la manera en que la producción agrícola estaba estructurada en las distintas partes del país antes de la revolución. La mayor parte de los beneficiarios de los títulos de propiedad se encuentran en los departamentos (estados) de La Paz y de Cochabamba, donde el colonato había prevalecido. Probablemente los campesinos han logrado obtener más derechos de propiedad en estas áreas que en otras regiones del país pues eran los más rebeldes y los que más exigían tierras, en la época en que el MNR dependía mucho del campesino para legitimar sus demandas de poder. Las mayores presiones, bajo el sistema de la hacienda, provenían de estas dos regiones, pues habían sido los centros comerciales y agrícolas del país. Las fuerzas de clase han moldeado las relaciones de propiedad y desafiado la política del gobierno a tal grado, que los campesinos de esas regiones se habían apoderado de las tierras antes de que la reforma agraria fuera proclamada y habían impedido que los terratenientes legítimos conservaran sus propiedades.⁶

Ocurrió a la inversa en aquellas regiones del país donde los sindicatos de campesinos no eran fuertes: los terratenientes no solamente volvieron a ocupar y a tener el control de sus tierras, sino que reinstituyeron algunas obligaciones de la mano de obra campesina que existían antes de la reforma (Clark, 1969: 18). Los terratenientes lograron conservar la autoridad que tenían sobre los campesinos antes de la revolución al quedarse con la mayor parte de sus antiguas propiedades y al vivir cerca de o en sus granjas, y también al continuar las relaciones sociales tradicionales (por ejemplo, la del compadrazgo) con sus antiguos peones.

Pero la "nilitancia" campesina influyó más sobre el grado en que se decomizaban las tierras y se reconocía oficialmente las reclamaciones, que sobre el tamaño de las propiedades redistribuidas (Heyduk, 1971: 299). En los últimos años de la década de 1960, 59 por ciento de todas las familias de las áreas "tradicionales" (los valles y el altiplano) poseían menos de cinco hectáreas, mientras que en las tierras bajas del este, donde el sistema de tipo feudal, la hacienda, había estado menos arraigado y donde la tierra era menos escasa, solamente un 16 por ciento poseía menos de cinco hectáreas (MACA, 1974: 459). El gobierno asignó las extensiones más grandes de tierra en aquellas regiones donde las relaciones señoriales eran menos importantes.

El gobierno fue menos sistemático y se demoró en implementar la reforma en aquellas regiones que se encontraban alejadas del mercado económico que también eran las más alejadas del escenario político nacional.

Este aislamiento era característico de la región Sur. En una de las

⁶ Este problema era común en todo Bolivia, pero particularmente en los departamentos de Cochabamba, La Paz y Potosí, en ese orden de frecuencia (Clark, 1969: 10).

provincias del sureste, existen personas con influencia política que han establecido nuevos latifundios, y obtienen mano de obra gratuita a cambio del usufructo de los derechos de la tierra (Albó, 1975:754). Algunos latifundios han surgido donde antes de 1952 los arrendatarios habían sido pequeños hacendados por su propio derecho, y empleaban a subarrendatarios y a jornaleros que no poseían tierras; mientras que los antiguos propietarios, en estos casos, perdieron sus tierras, sus arrendatarios no. Los arrendatarios, por lo tanto podían continuar con la explotación de los jornaleros como lo hacían antes de la reforma, a través de obligaciones de renta. Esta situación revela cómo las formas de control laboral, que históricamente han estado asociadas con el feudalismo, persisten en un país al mismo tiempo que las unidades de producción relacionadas con productos de consumo y —como lo explicaremos más adelante— con el capitalismo productivo: la persistencia y en realidad la institucionalización del peonaje endeudado en algunos sectores de la economía refleja la interacción que existe entre las fuerzas que se desencadenan en el transcurso de una revolución y las fuerzas arraigadas en la estructura socioeconómica prerrevolucionaria. Otros fundamentos de desigualdades que existen actualmente en lo que se refiere a la distribución de la tierra se originaron después de la revolución y reflejan el poder informal de los dirigentes campesinos, de los terratenientes a gran escala, de los hombres de negocios y de los políticos, así como de las políticas oficiales y *de facto* de los gobiernos posteriores a 1952, de las condiciones internacionales del mercado y del acceso al capital extranjero. Por razones de espacio no podemos analizar detalladamente cada uno de ellos. Debido a que las unidades clasificadas como “empresas agrícolas” estaban exentas de ser expropiadas, los grandes terratenientes de las tierras bajas tenían un incentivo para capitalizar sus propiedades. Y los Estados Unidos (punto número cuatro) les proporcionaron los medios para lograrlo. Operaban un programa de crédito agrícola en la región, por el cual únicamente los grandes terratenientes podían establecer un colateral suficiente para llenar los requisitos para obtener los préstamos. Además cuando se establecía un consorcio de maquinaria agrícola con ayuda del exterior en 1954, los agricultores podían arrendar el equipo con dinero prestado por cantidades menores a los costos reales de operación (Heath, 1959: 36). Si la ayuda del extranjero no hubiese estado disponible, estos agricultores probablemente hubieran perdido sus tierras.

Las fuerzas de clase capitalistas han sido las que más han afectado a la repartición de tierras en las tierras bajas del este. Los gobiernos post-revolucionarios le han permitido a los ganaderos locales con experiencia, a los industriales, a los propietarios de minas y a los hombres de negocios extranjeros que adquieran allí grandes propiedades, a veces a expensas de los pequeños y medianos agricultores y de las tribus indígenas, y esto constituye una violación de la ley de la reforma agraria. Los capitalistas

a gran escala tienen mayor acceso a los préstamos extranjeros (regresaremos a este punto más adelante), y han sido más capaces para sobornar y conquistarse a los funcionarios públicos. Han decidido invertir en esta área pues los precios del mercado de los productos agrícolas de esta región han sido favorables, inclusive en los mercados internacionales.

La estructura de la tenencia de tierras ha tendido a cambiar un poco bajo las administraciones presidenciales posteriores a 1952 (c.f. Albó, 1975: 748). Durante el régimen de Hernán Siles Zuazo (1956-60), cuando el programa de Estabilización de los Estados Unidos y del FMI fue puesto en práctica, se repartió el menor porcentaje de tierras y de títulos de propiedad. El gobierno del general Hugo Banzer Suárez (1971-78) otorgó la mayor cantidad de tierras que se ha repartido en cualquier administración posterior a 1952, pero ha autorizado una creciente concentración en la posesión de tierras. Asimismo, ha permitido a los grupos de negociantes que no se dedican a la agricultura (que apoyaron el golpe de 1971) que participen en actividades agrícolas. Banzer ha alentado la creación de una nueva clase capitalista pequeña y conservadora con intereses que abarcan tanto a la ciudad como al campo. Las distintas políticas acerca de la distribución de la tierra en los diferentes regímenes posteriores a 1952, reflejan las diversas coaliciones de clases con las que los distintos gobiernos se han aliado, los cambios en la habilidad de las clases para influir sobre las políticas gubernamentales y los cambios en la asequibilidad a los mercados mundiales, tanto de productos de consumo como financieros. Los gobiernos sucesivos no han favorecido en forma creciente y consistente a los agricultores a gran escala: bajo los gobiernos más popularistas y nacionalistas del general Alfredo Ovando Candia y del general Juan José Torres (1969-71) se repartieron parcelas más pequeñas que bajo los gobiernos más conservadores de derecha que los precedieron y los sucedieron. Debido a que los militares han encabezado a todos los regímenes de Bolivia desde 1964, la dirección militar *per se* no determina cuáles grupos reciben qué cantidad de tierras.

Pero aun a pesar de la repartición de grandes extensiones de tierra efectuada por Banzer, se estima que el terreno promedio de su régimen era de la mitad del tamaño que había sido aprobado originalmente: era de 5.9 hectáreas en 1953, pero solamente de 3.1 hectáreas en 1973 (MACA, 1974: 155). Las fuerzas sociales de carácter informal entre los mismos campesinos son las que contribuyen a una creciente fragmentación de las propiedades. En las tierras altas los campesinos siguen extralegalmente con su antigua tradición de subdividir sus tierras y repartirlas entre sus hijos.

De esta manera, las fuerzas de clase y de mercado han moldeado la estructura de la propiedad de las tierras, instituida conjuntamente con la reforma agraria. Las fuerzas revolucionarias de mercado han tenido su mayor impacto sobre la estructura de la posesión de la tierra en las tierras

bajas del Este donde las "formaciones sociales" prerrevolucionarias estaban menos establecidas y menos fuertemente arraigadas. Estas fuerzas de mercado han afectado más la dimensión de las propiedades que el número de beneficiarios. El mayor número de beneficiarios se encuentra principalmente en aquellos lugares donde los lazos de peonaje fueron rotos cuando el orden político fue quebrantado en 1952.

El desarrollo de la agricultura: crecimiento económico y diversificación

Desde el mero principio, los dirigentes gubernamentales del MNR consideraron a los problemas económicos de Bolivia dentro de un contexto mundial. Debido a que un porcentaje tan alto de las escasas ganancias que provenían del intercambio exterior de la nación había sido utilizado para importar alimentos, lanzaron un programa agrícola de sustitución de las importaciones. Desde la caída del MNR (en 1964) los gobiernos también han promovido la producción agrícola orientada hacia la exportación, con el fin de ganar, así como de ahorrar divisas extranjeras.

A pesar de la preocupación por mejorar la producción agrícola, la producción total declinó después de la revolución de 1952. La transformación de las relaciones de propiedad agraria y los cambios en las formas de control laboral que fueron introducidos no han tenido, en general, un efecto muy positivo sobre la producción, y mucho menos sobre la producción para el mercado, como lo implica la teoría de Wallerstein.

Sin embargo, aunque la producción agrícola bajó, su descenso fue menor del que sugieren las estadísticas gubernamentales y la protesta urbana referente a los alimentos. Después de que se instituyó la reforma, los campesinos comenzaron a consumir una mayor parte del producto de su trabajo, y algunas veces sus cosechas excedentes se echaban a perder debido a que los mercados locales estaban sobrecargados y que no existía transporte a mercados distantes.⁷ En estos casos la revolución inicialmente acarreó un *descenso* en la producción para el mercado.

Los casos en que hubo un aumento en la producción se limitaron a ciertas regiones, clases y cosechas. El crecimiento de la producción *per cápita* no ha sido impresionante en las regiones tradicionales de cultivo —particularmente en el altiplano, sino también en los valles— donde se encuentra la mayor parte de los beneficiarios de la reforma. El rendimiento de los campesinos en esos lugares no se ha incrementado significativamente a medida en que ha aumentado la competencia del mercado. Estos campesinos no necesitan producir a un nivel competitivo

y Tarija (Erasmus, 1969: 389).

⁷ Las cosechas se echaron a perder, por ejemplo, en los valles del Sur, Chuquisaca

para subsistir, y la ley de la reforma agraria impide que los productores más eficientes desplacen a los campesinos de las tierras. Sin embargo, aunque los campesinos contribuyen muy poco a la producción total *por unidad de tierra*, utilizan sus tierras (especialmente en los valles) de una manera más eficiente que los agricultores a gran escala de las tierras bajas, a pesar de que sus habilidades humanas son muy limitadas y, como lo veremos más adelante, a pesar de su limitado acceso a los créditos.

El crecimiento en el rendimiento ha variado mucho según la cosecha. De las 13 cosechas producidas exclusivamente para mercados internos, sólo cuatro —yuca, arroz, plátanos y plantaina— experimentaron tasas de crecimiento que exceden a la tasa del crecimiento de la población, y estas cuatro representan menos del 17 por ciento del valor de la producción de cosechas en 1970-72 (Wennergren y Whitaker, 1975: 91). Los rendimientos de la caña de azúcar, el algodón, el arroz y el café aumentaron, principalmente debido a la demanda mundial y al incremento de los precios del mercado mundial. Todas las cosechas con aumentos en sus rendimientos *por hectárea* durante la segunda década postrevolucionaria, a excepción del café y de la yuca, fueron plantadas en el altiplano y las regiones de los valles, lo que refleja el uso eficiente de la tierra por parte de los campesinos (Wennergren y Whitaker, 1975: 120). Las principales cosechas de repentino auge postrevolucionario han sido el azúcar, el arroz de vaina y el algodón. Las primeras dos están subsidiadas a precios superiores de los que se importaban anteriormente, a expensas de los consumidores; el costo de la producción ha sido tan elevado que sólo el excedente se puede exportar sufriendo una pérdida. El algodón representa un cambio hacia una producción más explícita para la exportación, de acuerdo con la tesis de Wallerstein; también representa un cambio, de producir alimentos a producir fibras, y, por lo tanto, una subordinación de las necesidades de una población nacional subalimentada a los intereses extranjeros.

La impresionante diversificación y expansión de la producción en las tierras bajas (principalmente en Santa Cruz) después de la revolución, debe ser comprendida parcialmente en relación al desarrollo prerrevolucionario que existió allí. Antes de que el MNR llegara al poder, los gobiernos de Bolivia y de los Estados Unidos ya habían invertido en la infraestructura de Santa Cruz, una agencia del Estado ya había promovido la agricultura en esa región, y algunos hombres de negocios ya habían respondido a las oportunidades que surgían allí. Aunque el rendimiento de la mayoría de los productos de Santa Cruz no aumentó inmediatamente después de la revolución, sí mostró un incremento una vez que los proyectos de infraestructura que comenzaron antes de 1952, fueron terminados, el tipo de cambio fue revisado, la estabilidad monetaria fue asegurada por el Programa de Estabilización que los Estados Unidos y el FMI habían desarrollado, los precios nacionales para los productos agrícolas se elevaron y las amenazas de expropiación cesaron.

El gobierno de los Estados Unidos contribuyó al desarrollo regional de Santa Cruz durante la primera década del gobierno del MNR, a través de su apoyo a los Programas de Estabilización y de Colonización del FMI. También contribuyó al desarrollo de la región durante este período, al apoyar los proyectos de maquinaria para uso común y crédito supervisado. A principios de 1960, Santa Cruz recibió más fondos a través de la Alianza para el Progreso, pues en esa época, Bolivia era considerada como un modelo de régimen revolucionario no comunista.

El Comité de Obras Públicas de Santa Cruz, que invierte las utilidades regionales, también ha contribuido directa e indirectamente al desarrollo agrícola local. Los ingresos de esta agencia que se derivan de las ventas de recursos naturales no renovables, han aumentado considerablemente con el ascenso rápido del precio del petróleo y del gas natural en el mercado mundial (la mayor parte de los yacimientos de petróleo y de gas que se conocen en Bolivia se encuentran en Santa Cruz). En sus esfuerzos por desarrollar la agricultura regional esta agencia ha recibido la asistencia del Banco Interamericano de Desarrollo, del USAID, y de los gobiernos de Alemania Occidental, lo que revela una manera más en que los intereses económicos internacionales han moldeado la estructura de la producción agrícola de Bolivia.

Sin embargo, el desarrollo de las tierras bajas también refleja cuáles son las parcialidades políticas de los regímenes postrevolucionarios. El gobierno central, en diversos grados y bajo distintos presidentes, ha iniciado políticas que favorecen a los agricultores a gran escala de esa región. Esto ha ocurrido principalmente en el gobierno de Banzer, quien llegó al poder en 1971 respaldado por los *cruzeños*. Los productores exportadores de Santa Cruz, por ejemplo, se beneficiaron con la devaluación de 1972 y con la decisión de 1974 de incrementar los precios de los productos agrícolas nacionales. La devaluación del peso, junto con una fuerte demanda mundial estimuló considerablemente a las exportaciones agrícolas nacionales, que, en su mayor parte, provienen de Santa Cruz (Fletcher, 1975: 37). Debido a este favoritismo gubernamental, a los precios elevados internacionales de los productos, a un nuevo financiamiento (que analizaremos más adelante) y a la restauración de la confianza económica que sobrevino tras la expulsión del Presidente Torres por Banzer, la producción agrícola de Santa Cruz y las exportaciones llegaron a niveles sin precedente después de 1971, especialmente el algodón, pero también el azúcar y la carne de res.

De esta manera, la agricultura y la ganadería orientadas hacia la exportación, el acceso a los mercados internacionales, tanto los financieros, como los de productos de consumo, y un gobierno a favor de un capitalismo privado agrario contribuyen a favorecer los intereses agrícolas a gran escala en Santa Cruz. El "milagro" de Santa Cruz representa el desarrollo de las fuerzas capitalistas, que responden tanto a la iniciativa de Bolivia, como a la de los gobiernos extranjeros. La expansión de la

producción en esta región demuestra que el crecimiento capitalista dependiente es posible, pero que se desarrolla de acuerdo a los lineamientos dictados por la ayuda exterior, los mercados y el capital.

Cuando los Estados Unidos se preocuparon más por mantener a Bolivia dentro del bloque capitalista del mercado occidental, tanto el capital extranjero, como la asistencia técnica fueron proporcionados a precios bajos. Ahora que el orden político y económico ha sido restaurado, el financiamiento, como lo veremos más adelante proviene cada vez más de bancos comerciales extranjeros, a tasas de interés elevadas.

El capital de financiamiento

Las instituciones financieras han tenido una influencia decisiva sobre la estructura de la producción agrícola, las clases se han beneficiado de la producción, y la producción ha sido orientada hacia mercados extranjeros, en lugar de nacionales. También han servido para integrar al sector rural dentro de la economía de mercado, y de esta manera han sometido a la población rural a las vicisitudes del mercado.⁸ Las principales fuentes de financiamiento son el Banco Agrícola Boliviano (BAB), el Banco del Estado, los bancos comerciales privados y bancos comerciales extranjeros, y los préstamos bilaterales y multilaterales. El BAB fue fundado en 1942 para ayudar a los agricultores a comercializar sus operaciones y para importar ganancias mediante la agricultura (Royden, 1972). En 1954 fue reorganizado para asumir responsabilidades relacionadas con la reforma agraria. Pero en realidad, los que más se benefician de los fondos del banco son los agricultores medianos y los agricultores a gran escala, particularmente los de las tierras bajas del Este. Entre 1964 y 1971, los campesinos recibieron el mayor número de préstamos del BAB (36 por ciento) pero el menor número de fondos (4 por ciento); y más capital fue destinado para Santa Cruz (43 por ciento) que para cualquier otro estado (conocidos como departamentos en Bolivia) (MACA, 1974: 272).

La distribución diferencial, regional y de clase, de los créditos refleja la parcialidad agraria capitalista de los regímenes postrevolucionarios, y el favoritismo de las agencias financieras internacionales (incluso a través del BAB). Durante la primera década después del levantamiento de 1952, los fondos provenían de fuentes nacionales, pero al finalizar la segunda década, la mayor parte de los fondos tenían un origen extran-

⁸ En los años de sequía y de heladas tempranas los campesinos que piden dinero prestado se encuentran en una situación peor que antes de recibir los préstamos pues utilizan a las cosechas futuras que proyectan tener y a sus pequeñas inversiones de capital como colateral (Royden, 1972: 52).

jero (MACA, 1974: 235). A medida en que la fuente de los fondos cambió, también cambió el monto de los préstamos, la clase y el número de beneficiarios y el tipo de actividades respaldadas por los fondos. El BAB ayuda cada vez más a aquellos que menos necesitan el capital y su ayuda alcanza cada vez más a un menor número de agricultores. Los agricultores que sí se benefician están desarrollando intereses directamente vinculados a los del capital internacional.

Como lo ha reconocido públicamente el Ministerio de Asuntos Campesinos y Agropecuarios, las agencias agrícolas del Estado de Bolivia han perdido el control de sus propias políticas con el cambio en las fuentes de donde se derivan los fondos (MACA, 1974: 235). Y el capital extranjero está más preocupado por obtener utilidades que por mejorar ya sea la producción para el consumo interno o la distribución del ingreso nacional. El financiamiento y la producción que fomenta sirve para incrementar la integración de Bolivia dentro de la economía mundial, pero desde una posición ventajosa muy débil. Actualmente, la economía agraria se encuentra más vulnerable que nunca a las vicisitudes del mercado mundial. Bolivia no posee ningún control sobre los precios del mercado de sus productos, y debe asegurarse que los préstamos, así como los intereses sobre esos préstamos, sean pagados aun cuando los precios mundiales del mercado de las exportaciones sean bajos y las utilidades disminuyan.

Las políticas del BAB se dictan de acuerdo a un favoritismo de clases y no exclusivamente de acuerdo a principios bancarios acertados. Durante la segunda década después de la revolución, la tasa de delincuencia, en lo que se refiere a los pagos de los préstamos era muy alta y cerca de la mitad de los préstamos (tanto en número como en valor) eran renovados (Royden, 1972: 34). Los ganaderos y los productores de algodón han sido particularmente negligentes en sus pagos, y han presionado al gobierno para que reduzca los costos de sus préstamos. El First National City Bank se retiró de Santa Cruz y el BAB absorbió sus pérdidas cuando los productores de algodón de esa región dejaron de cumplir con los pagos de sus préstamos. Además, el Banco de Brasil tuvo grandes pérdidas por deudores hipotecarios. Debido a que el Banco Central (que refinancia los préstamos extranjeros al BAB y a otros bancos) debe absorber las pérdidas financieras por falta de cumplimiento de pagos y de demoras, el Estado, en el proceso, se ha ido descapitalizando. El financiamiento extranjero no fortalece de inmediato la economía nacional y al Estado.

Los campesinos también contribuyen a debilitar la solidez económica de las operaciones del BAB, aunque no hasta el mismo punto, entre otras cosas, porque reciben mucho menos fondos del banco. En aquellos lugares donde los dirigentes de sindicatos de campesinos han ejercido la más fuerte presión política, es decir, en La Paz y Cochabamba, los campesinos han logrado tener acceso a los créditos del BAB, sin tomar en

cuenta si eran buenos sujetos de crédito. Además, los gobiernos sucesivos desde la revolución de 1952 han extendido préstamos o han accedido a renovar antiguos préstamos de los sindicatos de campesinos a cambio de promesas de respaldo político (Royden, 1972: 34). Por consiguiente, el banco no solamente ha sido utilizado para fomentar el proceso de acumulación, sino también para realzar la fuerza política y para legitimar a los regímenes.

Los intereses políticos del banco, abarcan también a los partidos políticos. Según un funcionario de alto nivel del BAB, a quien entrevisté en 1976, las políticas del banco han sido parciales a la política durante muchos años. Durante el período del MNR, el banco concedió "préstamos de honor" a los simpatizantes del MNR y la Falange, quien logró el control del banco después de que Banzer asumió el poder (como recompensa por su respaldo político), también utilizó al banco para lograr sus propios fines. El hecho de que un partido conservador, privado y orientado hacia los negocios haya logrado obtener el mando del banco hace que el mismo propósito del banco sea un objeto de burla, pues expresa que su meta es mejorar los intereses de los beneficiarios de la reforma agraria. A partir de 1974, cuando el régimen de Banzer suspendió temporalmente a los partidos políticos, el banco ha estado sujeto a presiones económicas, probablemente en forma más directa, en lugar de que sea través de grupos políticos como ocurría anteriormente.

Hasta 1967 el BAB era el único banco estatal que invertía sistemáticamente en la agricultura. Desde entonces, tanto el Banco del Estado, el arma comercial del Banco Central, como algunos bancos privados han entrado en el panorama. Estos bancos también han favorecido a los productores a gran escala en las tierras bajas, en parte debido a que el gobierno exige, desde mediados de 1970, que los bancos nacionales inviertan un 30 por ciento de sus utilidades en Santa Cruz, y en parte debido a que el Banco Central a veces proporciona la mayor parte de los fondos que se destinan a préstamos. El banco comercial más importante es el First National City Bank, lo que quiere decir que las instituciones extranjeras dominan la estructura de la producción a través de instituciones tanto privadas como públicas.

El reciente crecimiento en el financiamiento privado indica que el antiguo financiamiento público nacional y los fondos públicos internacionales crearon un "clima de inversiones" adecuado para atraer al capital privado, que los criterios para otorgar préstamos de las instituciones tanto privadas como públicas y tanto internacionales como nacionales difieren insignificadamente, y que las distintas instituciones financieras a veces están vinculadas con el Estado, a través de su Banco Central, que desempeña el papel de institución mediadora. Todas las distintas fuentes de financiamiento tienden a comercializar y a capitalizar a la agricultura, para hacer que la agricultura de Bolivia se integre a los mercados capitalistas mundiales, y en contraste con el espíritu de la

Ley de la Reforma Agraria, para favorecer a los capitalistas por encima de los demás productores. El creciente financiamiento comercial extranjero refleja una tendencia general que ha existido en las instituciones bancarias en la década de 1970: la de otorgar amplios préstamos a los países subdesarrollados. Esta tendencia se observa más pronunciadamente en los países latinoamericanos más ricos, tales como México y Brasil, que en Bolivia. También refleja el hecho que la Revolución boliviana institucionalizó, como resultado del Programa de Estabilización de los Estados Unidos y del FMI, una economía estable integrada a la economía mundial.

El financiamiento extranjero no sólo abarca una asistencia bilateral y bancos comerciales privados, sino también —y cada vez más— una ayuda multilateral. Una vez que la ayuda de los Estados Unidos y del Proyecto de Estabilización del FMI lograron que el régimen estuviera en una posición financiera sólida, el Banco Mundial comenzó a prestarle dinero a Bolivia. Sus primeros préstamos a principios de la década de 1960, se hicieron a través de la Asociación de Desarrollo Internacional (IDA), cuyas condiciones para otorgar los préstamos son menos estrictas que las del mismo banco. Los préstamos del Banco Mundial aumentaron particularmente bajo el régimen de Banzer, supuestamente porque su administración mejoró el déficit que existía en la balanza de pagos del país y también porque logró establecer una estabilidad política. Esta estabilidad fue lograda inicialmente a través del uso extendido de la represión.

En la década de 1970, el Banco Mundial introdujo un programa de crédito para los campesinos de las tierras altas. Los campesinos deben formar cooperativas para llenar los requisitos para obtener el crédito. El énfasis que le da el Banco Mundial a las cooperativas representa un cambio por parte del capital internacional. En la década de 1950, el gobierno de los Estados Unidos y el FMI se oponían al movimiento auspiciado por el gobierno de Bolivia para crear cooperativas, aparentemente debido a que consideraban que este tipo de organizaciones eran anti-téticas al capitalismo. En contraste, las instituciones capitalistas mundiales actualmente consideran que las cooperativas son un medio a través del cual las fuerzas del mercado pueden penetrar mejor el campo. Debido a que los campesinos han estado renuentes a unirse a las cooperativas,⁹ los esfuerzos del Banco Mundial pueden fracasar, en cuyo caso las diferencias en las desigualdades regionales y de clase que se derivan de otras fuerzas del mercado, financieras y de productos de consumo, continuarán imponiéndose.

En suma, la tierra *per se* se está convirtiendo en un factor menos importante de la producción, comparado con el crédito utilizado para que la

⁹ Los campesinos se resistieron a unirse al programa de cooperativas promovido por el gobierno del MNR durante la década de 1950.

tierra sea productiva y tenga un valor comercial. Esta diferencia de acceso al crédito contribuye a una distribución muy desigual de los ingresos en el sector rural.

Conclusión

Las teorías que existen acerca de la revolución y del desarrollo no explican la complejidad de las fuerzas que moldean a las consecuencias de la revolución agraria de Bolivia. Desde el levantamiento de 1952, las relaciones de propiedad y la organización de la producción han cambiado, y las fuerzas del mercado penetran en maneras distintas a las anteriores; sin embargo, han asumido diferentes formas en las diversas regiones (y diferentes formas, hasta cierto punto, dentro de cada región) debido al impacto diferencial de las fuerzas de clase y de mercado, que datan de la sociedad prerrevolucionaria, y debido a las políticas parciales, tanto del gobierno de Bolivia, como de los poderes extranjeros.

Las consecuencias no pueden ser comprendidas dentro de un paradigma clásico: feudal-a-capitalista-a-socialista. La producción orientada hacia el mercado, como los teóricos "dependistas" lo han señalado, existía desde antes de la revolución, y las unidades económicas más productivas y orientadas hacia el mercado no han brotado de las "cadenas" de los improductivos latifundios. Los latifundios han sido reemplazados en gran parte por unidades que se dedican a productos de consumo, orientadas, más que nada, a la subsistencia. De acuerdo a un paradigma ortodoxo marxista, estas nuevas unidades son retrógradas, utilizan muy poco el trabajo a base de cooperativas y permiten que haya muy poca acumulación de la tierra, del trabajo y de los "medios de producción". Asimismo, la clase capitalista no fue coadyutoria para hacer la revolución.

Un grupo pequeño de capitalistas ha sido el beneficiario económico principal de la revolución en la agricultura, pero es realmente un producto secundario de la transformación de 1952. Estos capitalistas no surgieron orgánicamente del orden social que existía anteriormente. Es cierto que algunos de los que gozan de las oportunidades económicas, desde 1952, eran agricultores con orientación comercial desde antes de 1952, y algunos eran hombres de negocios que no se dedicaban a la agricultura pero que desde entonces se han diversificado hacia actividades agrícolas. Pero hay otras personas que le deben su buena suerte a los contactos políticos posteriores a 1952 y son los descendientes de la oligarquía prerrevolucionaria que ya no son considerados como "enemigos de la revolución". El gobierno de Bolivia fomentó el desarrollo de esta clase, a través, por ejemplo, de sus facilidades de financiamiento, sus inversiones para la infraestructura, y sus programas de apoyo a los pre-

cios, pero los programas de crédito, ya sea los bilaterales extranjeros, los multilaterales o los comerciales privados han sido especialmente coadyutores.

Tampoco las consecuencias de la revolución pueden ser comprendidas totalmente en términos de la tesis de Wallerstein de la producción orientada hacia el mercado para obtener utilidades. Mientras que el efecto general de la revolución ha sido incrementar la producción agrícola orientada hacia el mercado, por lo menos en algunos sectores, los efectos deben ser distinguidos de las fuerzas que instaron a los grupos a rebelarse en contra del "antiguo orden". Las fuerzas de clases que se desencadenaron en el transcurso de la revolución han limitado y condicionado el impacto de las fuerzas del mercado en las regiones donde ocurrió la mayor protesta, y las constricciones ahora están aprobadas por la ley. Ni siquiera poderes internacionales tan hegemónicos como el gobierno de los Estados Unidos, el FMI y el Banco Mundial han sido capaces de contrarrestar la presión que ejercen "desde abajo" los campesinos. Además, contrariamente a lo que Wallerstein nos conduciría a que esperásemos, los dirigentes del MNR inicialmente respaldaron activamente un programa de sustitución de importaciones alimenticias para reducir la dependencia comercial del país, y los campesinos se rebelaron, principalmente porque sentían que el colonato era injusto. Los campesinos no se preocupaban por corregir las ineficiencias del sistema de latifundios.

Sin embargo, el enfoque de Wallerstein es el que más nos ayuda a comprender por qué la economía de Bolivia persiste, según las normas internacionales, mal desarrollada e integrada, y por qué algunas formas —y solamente algunas formas— de diversificación se han llevado a cabo. La ayuda y el financiamiento exterior han contribuido a abrir oportunidades de exportación agrícola, de acuerdo a los intereses de los países "centrales" en mercados locales, tanto financieros como de productos de consumo. En contraste, el gobierno de los Estados Unidos y el FMI han insistido en promover políticas que sólo han servido para *debilitar* a la industria nacional, sin que exista una resistencia efectiva por parte del gobierno de Bolivia. Las fuerzas capitalistas hegemónicas mundiales obviamente no se interesan por contribuir a que Bolivia desarrolle una economía diversificada y equilibrada. Por consiguiente, la posición de Bolivia dentro de la economía mundial no se ha modificado. Aun cuando la producción en algunos sectores se ha incrementado, el país sigue siendo "periférico", pues es un exportador de materias primas y —a diferencia de los países tanto "centrales, como "semi periféricos"— es un importador de la mayor parte de los productos manufacturados que se consumen en el país. A medida en que la agricultura se integra cada vez más dentro de la economía mundial, los intereses de los productores nacionales están más sujetos a los del capital internacional, el beneficiario principal (que otorga el crédito y compra las materias primas a precios bajos, cuando el suministro mundial, a través del financiamiento,

aumenta), y el gobierno de Bolivia se ve obligado a absorber las deudas incurridas por productores privados.

En contraste, la teoría de dependencia "frankiana" no puede explicar la diversificación y la expansión de la producción que ha ocurrido y la teoría "liberal" no puede explicar las fuerzas que no son de mercado, tanto mundiales, como nacionales, que moldean y a la vez constriñen el desarrollo interno. Las estructuras que se instituyen como resultado de una presión "desde abajo" inhiben la acumulación y la concentración de la tierra, del trabajo y del capital en los sectores de la economía rural.

Resulta irónico y trágico que una revolución que comenzó a nivel nacional como un movimiento para aumentar la independencia económica del país haya proporcionado las condiciones que han permitido que las fuerzas capitalistas hegemónicas internacionales penetren dentro de la economía y de la organización política en formas sin precedente. La crisis que se desencadenó por el levantamiento de 1952, trajo consigo la ocasión. Las fuerzas internacionales pudieron penetrar con tanta facilidad debido a que el gobierno del MNR era débil y corruptible, y la posición de la facción dirigente predominante era pro capitalista.

Aunque sea extenderse más allá del propósito de esta disertación, las consecuencias contrastantes de la Revolución cubana (que irrumpió sólo siete años después de la de Bolivia) sugieren que los países capitalistas "dependientes" sí poseen algunas opciones. Pero hasta la fecha, la historia latinoamericana del siglo veinte ha demostrado que los regímenes revolucionarios de las sociedades con recursos nacionales limitados son más capaces de influir sobre la distribución de los recursos sociales y económicos que sobre la expansión de sus recursos materiales. Ni Cuba ni Bolivia han logrado extender, con buenos resultados, su producción agrícola más allá de sus niveles prerrevolucionarios respectivos; sin embargo, existe evidencia disponible que indica que en la época postrevolucionaria la desigualdad entre la clase urbana y la rural ha decrecido mucho más en Cuba que en Bolivia. Estas diferencias reflejan que existe una interacción entre las fuerzas políticas y económicas nacionales e internacionales.

BIBLIOGRAFÍA

- Agarwala, A. N. y S. P. Singh (eds) *The Economics of Underdevelopment*, Nueva York: Oxford University Press. (1963)
- Albó, Javier, "Desarrollo rural", *Presencia* (edición de homenaje al sesquicentenario de Bolivia), 32 (agosto 63: 746-58. (1975)

- Baran, Paul, *The Political Economy of Growth*, Nueva York: Monthly Review Press. (1968)
- Brenner, Robert, "The Origins of Capitalist Development: A Critique of Neo-Smithian Marxism", *New Left Review*, 104: 25-93. (1977)
- Carter, William, *Aymara Communities and the Bolivian Agrarian Revolution*, Gainesville: University of Florida Press. (1965)
- "Revolution and the Agrarian Sector". en James Malloy y Richard Thorn (eds.), *Beyond the Revolution: Bolivia Since 1952*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press. (1971)
- Clark, Ronald James, "Problems and Conflicts over Land Ownership in Bolivia", *Inter-American Affairs*, 22 (primavera): 3-18. (1969)
- "Land-Holding Structure and Land Conflicts in Bolivia's Lowland Cattle Regions", *Inter-American Economic Affairs*, 28 (otoño): 15-38. (1974)
- Erasmus, Charles, "Land Reform and Social Revolution in Southern Bolivia: 'The Valleys of Chuquisaca and Tarija'", en Dwight Heath, Charles Erasmus, y Hans Beuchler, *Land Reform and Social Revolution in Bolivia*, Nueva York: Frederick Praeger. (1969)
- Fletcher, G. Richard, "Santa Cruz: A Study of Economic Growth in Eastern Bolivia", *Inter-American Economic Affairs*, 29 (otoño): 23-41. (1975)
- Frank, André Gunder, *Capitalism and Underdevelopment in Latin America*, Nueva York: Monthly Review Press. (1967)
- "Long Live Transideological Enterprise: The Socialist Economies in the Capitalist International Division of Labor", *Review 1*: 387-415. (1977)
- Heath, Dwight, "Commercial Agriculture and Land Reform in the Bolivian Oriente", *Inter-American Economic Affairs*, 13 (otoño): 25-45. (1959)
- *Land Reform and Social Revolution in Bolivia*, Nueva York: Frederick Praeger. (1969)
- "New Patrons for Old: Changing Patron-Client Relationships in the Bolivian Yungas", en Arnold Stricton y Sidney Greenfield (eds.), *Structure and Process in Latin America*, Albuquerque: University of New Mexico Press. (1972)
- Heyduk, Daniel, "Huayrapampa: Bolivian Highland Peasants and the New Social Order", Ithaca: Disertación para el doctorado, Cornell University, Programa de Estudios Latinoamericanos. (1971)
- "Bolivia's Land Reform Hacendados", *Inter-American Economic Affairs*, 27 (verano): 87-96. (1973)
- Johnson, Dale, *The Sociology of Change and Reaction in Latin America*, Indianapolis: Bobbs-Merrill. (1973)

- Klein, Herbert, "Crisis of Legitimacy and Origins of Social Revolution —The Bolivian Experience", *Journal of Inter-American Studies*, 20 (febrero): 102-10. (1968)
—*Parties and Political Change in Bolivia, 1880-1952*, Cambridge: Cambridge, University Press. (1969)
- Kohl, James, "Peasant and Revolution in Bolivia, April 9, 1952 — August 2, 1953: A Study in Micro-History", *Hispanic American Historical Review*. (1978)
- Léons, Madeline Barbara, "Changing Patterns of Social Stratification in an Emergent Bolivian Community", Los Angeles: Disertación para el doctorado, University of California. (1967)
- Malloy, James, *Bolivia: The Uncompleted Revolution*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press. (1970)
- Malloy, James y Richard Thorn (eds.) *Beyond the Revolution: Bolivia Since 1952*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Ministerio de Asuntos Campesinos y Agropecuarios (MACA) *Diagnóstico del Sector Agropecuario*, La Paz. (1974)
- Novack, David y Robert Lekachman (eds.) *Development and Society: The Dynamics of Economic Change*, Nueva York: St. Martin's Press. (1964)
- Patch, Richard, "United States Assistance in a Revolutionary Setting", en Robert Tomasek (ed.), *Latin American Politics: Studies of the Contemporary Scene*, Garden City, Nueva York: Doubleday. (1966)
—"Peasantry and National Revolution: Bolivia", en K. H. Silvert (ed.), *Expectant Peoples*, Nueva York: Vintage Books. (1967)
- Prebish, Paul, "Center and Periphery", en G. Meir (ed.), *Leading Issues in Development Economies*, Oxford University Press. (1964)
- Royden, Thomas, "A Review of Small Farmer Credit in Bolivia", *Agency for International Development Spring Review of Small Farmer Credit* (1972)
- Skicpol, Theda, "Wallerstein's World Capitalist System: A Theoretical and Historical Critique", *American Journal of Sociology*, 82: 1075-1090. (1977)
- Wallerstein, Immanuel, *The Modern World System*, Nueva York: Academic Press. (1974)
—"The Rise and Future Demise of the World Capitalist System: Concepts for Comparative Analysis", *Comparative Studies in Society and History*, 16: 387-415. (1974b).
- Wennergren, E. Boyd y Morris Whitaker, *The Status of Bolivian Agriculture*, Nueva York: Praeger.
- Zonday, Cornelius, *The Bolivian Economy, 1952-65: The Revolution and its Aftermath*, Nueva York: Praeger. (1966)